



MUJERES GITANAS: UNA IDENTIDAD DINÁMICA BAJO UN PROCESO INMUTABLE

Trinidad Muñoz Vacas

Cuando digo que yo soy una mujer gitana estoy hablando de una realidad totalmente diferente a la que ha existido en otros momentos históricos del grupo en el que me reconozco, cuyo bagaje cultural permanece asido a un continuo proceso de etnogénesis. Pero a la vez, consigo invocar, con el mero hecho de pronunciar esas palabras, toda la carga simbólica que apareja la condición señalada bajo ese término.

La serie de transformaciones a las que han estado sometidas las mujeres no deben ser consideradas accidentales, puesto que son imagen explícita de los cambios sufridos por la etnia gitana a lo largo del tiempo, ni tampoco deben ser observadas como concepciones diferentes hechas sobre la base de una sustancia fundamentalmente idéntica, aseveración ésta que nos conduciría por la siempre peligrosa senda del esencialismo naturalizador.

La cultura es una construcción teórica a partir del comportamiento de los individuos de un grupo. Por tanto, nuestro conocimiento de la cultura, incluso de aquella en la que nos reconocemos como partícipes, va a provenir de la observación de los miembros de ese mismo grupo a través de su concreción en patrones específicos de comportamiento.

Cada individuo tiene su mapa cognitivo, su guía de conducta formada por los patrones de comportamiento que comparte, hereda, aprende y enseña en su grupo social. La cultura así entendida se basa en la relación mutua que existe entre los códigos compartidos de los individuos que se reconocen en ellos y por ellos.

Esta relación, sus consecuencias, servidumbres y exaltaciones, configuran la identidad personal, un fenómeno abstracto y muy complejo en el que intervienen diversos factores, desde predisposiciones individuales hasta el desarrollo de diversas habilidades suscitadas en el proceso de educación/socialización. La adopción de la identidad “*mujeres gitanas*” es el resultado de un largo proceso, de una construcción en la que se va urdiendo y organizando la identidad sexual a partir de una serie de necesidades y predisposiciones que se configuran en interacción con el medio familiar y social.

Pero esa urdimbre, esa construcción no es la misma para las niñas que para los niños, ya que los géneros, o lo que es lo mismo, la construcción sociocultural diferenciada elaborada por la sociedad para cada sexo, no tienen la misma consideración social, están jerarquizadas de manera que los términos positivos se asocian con otros positivos y los negativos con otros negativos, reforzando así la cadena de identidades estereotipadas.

Esa asimetría se internaliza en el proceso de adquisición de la identidad de género, que se inicia desde el nacimiento con una socialización diferencial, mediante la que se logra que los individuos adapten su comportamiento y su identidad a los modelos y a las expectativas creadas por la sociedad, en este caso gitana, para los sujetos masculinos o femeninos.

Esas normas, es decir, las formas de “ser mujeres” o las formas de “ser hombres” son

muy cambiantes de unas culturas a otras, de unas épocas a otras, de unas décadas a otras. Incluso al interior de un mismo grupo étnico, varían según las necesidades e intereses; y son prescriptivas y, como cualquier norma prescriptiva, tienen una doble cara, ya que por una parte se presentan como un modelo o prototipo a imitar, al que se debe ajustar la conducta y, por otra, como una prohibición de lo que no se debe hacer.

Es sobre esta premisa que edifico mi análisis.

Si hay un aspecto en el que sobresale esa asimetría de forma inexcusable es en la división sexual del trabajo, característica común en las sociedades patriarcales como lo es la etnia gitana. Para los hombres, el mandato fundamental es el de valorarse por los logros y la capacidad de actuar sobre su entorno; los hombres existen en tanto que consigan cosas en el mundo social y externo al ámbito familiar. Por el contrario, para las mujeres el mandato fundamental sigue siendo el de ser cuidadoras emocionales de los demás, especialmente del futuro núcleo familiar, con lo que esto significa de exaltación de la función materna; las mujeres existimos y somos valoradas en función de las relaciones que somos capaces de establecer y preservar, y somos juzgadas más por nuestra apariencia y moralidad que por los logros que conseguimos.

En virtud de esa división sexual del trabajo para las mujeres se ha desarrollado un género social relacionado con el ámbito de la reproducción y el cuidado familiar que incluye también la atención y protección de toda la familia, la socialización de la infancia, el confinamiento en el ámbito privado y la invisibilidad intra y extragrupal.

Por su parte, el varón desarrolla una identidad de género asociada al control, al desempeño de un trabajo remunerado, al dominio de la técnica, a la organización y representa-

ción social y política, a la ocupación del ámbito público, a la visibilidad como figura preponderante, responsable del grupo familiar que aglutina.

Esta asignación de funciones distintas va a dicotomizar la realidad social, a reflejar una jerarquía o asimetría entre los sexos. Esto se debe a que los géneros exhiben una característica propia de nuestro sistema de pensamiento occidental, la bipolaridad. En efecto, nuestro sistema de pensamiento es bivalente, pero en el que los dos términos de la valencia no tienen el mismo valor, pues uno siempre es positivo y el otro negativo.

La partición del mundo en dos ámbitos asimétricos conlleva una continua reafirmación del lugar que ocupa, o debe ocupar, cada uno y cada una en él, de manera que se reproduce, no la diferencia sino el determinismo cultural que provee esa diferencia transformada, vivida y asumida como desigualdad.

A partir de aquí, la construcción de un modelo gitano de familia asume aspectos que van a chocar violentamente con la situación actual del resto de las mujeres en el mundo occidental donde lo que se persigue, incluso desde el paradigma político, es un nuevo contrato social entre hombres y mujeres que consiga que unos y otras sean personas autónomas, tanto profesional como personalmente, dentro de una sociedad de iguales en la que las diferencias sean percibidas no como base de una jerarquía sino como una riqueza de experiencias humanas que es necesario compartir.

En el momento actual que atraviesa la comunidad gitana, preñado de ritmos distintos para distintos subgrupos, los instrumentos generados desde la propia etnia para su supervivencia cultural están sustituyendo marcadores culturales *indiscutibles* por otros más recientes que provienen no tanto de tradicio-

nes centenarias, sino de la inmersión de la etnia gitana en los procesos de reconstrucción étnica devenidos a raíz de procesos muy diferentes, entre los que destacan con singular fuerza las conversiones religiosas. Me refiero explícitamente a uno de los elementos que, a mi juicio, más han influido en la configuración de esas diferencias: la articulación étnico religiosa de los nuevos movimientos religiosos denominados Pentecostales, que están desarrollando, en clave de determinismo bíblico, la naturalización y esencialización de las diferencias entre hombres y mujeres gitanos.

Estos planteamientos pueden provocar, y de hecho lo están haciendo, el rechazo del paradigma que propone una alteridad incomprendible basada en un horizonte de reproducción que obliga a la mujeres a dedicar sus esfuerzos casi en exclusividad al cuidado de los hijos y que reprime cualquier singularidad más allá de este núcleo central.

En el mundo occidental, neoliberal y consumista, la progenie no es un valor absoluto que requiera una alienación de tal calibre, se convierte en una circunstancia, pero no en la absoluta razón de la existencia. De ahí que los mecanismos de presión social que se imponen en particular a las mujeres gitanas a través de diversos preceptos, prohibiciones y recomendaciones religiosas se comprendan mal, pues responden a una configuración en la que la ideología masculina es profundamente hegemónica desde, y esto es lo esencial, el discurso explícito de sus miembros.

No se trataría de dirigir la crítica en contra de las religiones en sí, sino específicamente contra las manifestaciones discriminatorias que se solapan tras el lenguaje religioso y que se estiman puramente como productos de la historia. En este sentido, han sido y son los miembros de la etnia gitana (varones y mujeres) los que han consolidado la desigualdad

como medio de cumplir funciones sociales específicas; por lo mismo, y esto es lo fundamental de mi propuesta, se pueden redefinir las pautas convivenciales y los mecanismos ideológicos que las justifican.

A mi juicio, resulta chocante que, después de tantos siglos de resistencia y supervivencia cultural, aún tengamos los y las gitanas tantos problemas para lanzar una mirada hacia el pasado que nos permita enfrentar el presente de un modo más acorde con los presupuestos actuales, no por una servidumbre al sistema externo impuesto hegemónicamente, sino como una demanda de justicia social y desarrollo personal.

En este sentido aún será necesario durante mucho tiempo seguir repitiendo el discurso pro-educativo y promoviendo el incremento de la participación activa, decidida y exitosa de las mujeres gitanas en los circuitos educativos y formativos; después de un cuarto de siglo, sigue siendo una meta inaplazable en dos direcciones complementarias y necesarias la una de la otra.

Por una parte, la educación denominada coeducación no debe limitarse a impartir y difundir mediante el currículum explícito y el currículum oculto unos valores aparentemente neutrales, pero que siguen siendo androcéntricos. Es necesario que la educación fomente una cultura del encuentro, integrada por valores y referentes masculinos y femeninos, en la que los comportamientos y las formas de ser y estar asociados tradicionalmente a “lo femenino” se valoren como dignos de ser universalizables. Por otra, la institución educativa debe involucrar la pluralidad cultural como una riqueza y debería ser capaz de diseñar por fin un discurso único y explícito, que aliente la participación de los grupos diferenciados culturalmente, no sólo en tanto que educandos, sino también compartiendo la responsabilidad

del diseño de los principios pedagógicos, materias, metodologías y evaluación.

Con estos objetivos se pretende poner fin a las discriminaciones existentes todavía entre los dos sexos, conseguir que el género no sea tan castrante y limitador a la hora de configurar la identidad personal y que los comportamientos *femeninos* se valoren como otra forma de ser, de estar en el mundo, como una manifestación de la diferencia y no de la desigualdad.

Nadie puede dudar de las transformaciones iniciadas en el seno de las normativas identitarias que nos definen como grupo, como tampoco puede ser objeto de negación la enorme diversidad que, a tenor de estas mismas transformaciones, se está produciendo entre los diferentes subgrupos territoriales y/o familias. Ésta es una certeza que inunda ya incluso a aquellos hombres y mujeres gitanos que la desprecian por falta de confianza; realmente es así, y ello ha servido para descubrir un modo diferente, pero compatible, de vivir la gitaneidad como mujeres comprometidas con su tiempo, las circunstancias que nos rodean y el deseo de luchar para conseguir mejorar la imagen identitaria al interior y al exterior de nuestro grupo étnico.

Pero no es tarea fácil, ni sencilla, ni rápida.

Las estrategias que contribuyen a desarrollar la capacidad de las mujeres gitanas para formular y defender su forma de ver la sociedad, deberán ir, desde mi óptica, encaminadas a la reinterpretación y la modificación de las normas culturales y de género instauradas desde una perspectiva exclusivamente masculina. El proceso por el cual las mujeres estamos tomando el control de nuestras vidas y ganando en confianza repercutirá en una mejora a la hora de solucionar problemas y desarrollar autosuficiencia.

Pero nadie puede hacer esto en nuestro nombre; tenemos que hacerlo nosotras mismas

para poder elegir y expresarnos en defensa propia. No se trata de emprender una guerra en solitario contra los hombres gitanos, ni tampoco se trata de dejarse utilizar por falsas actitudes mesiánicas llegadas desde concepciones feministas tan interesadas como malinterpretadas. Sería, más bien, un esfuerzo para trabajar sobre una base de autoconfianza que nos haga más autónomas y que nos ayude a establecer nuestros objetivos, en tanto que personas individuales, porque sólo con una sólida base personal podemos enfrentar, todos y todas, las nuevas circunstancias, no precisamente fáciles, que se adivinan en el horizonte de nuestra sociedad.

¿Y qué pasa con los hombres?

Ya hemos declarado en párrafos anteriores el carácter relacional de la construcción de los géneros. Es decir, aunque con frecuencia ignoramos este aspecto, el cuestionamiento de la identidad de género toca de lleno la valoración social tanto de los hombres como de las mujeres.

En este sentido, ciertos aspectos relacionados con las expectativas de las mujeres gitanas pueden interpretarse como *perjudiciales* para los hombres en tanto parecen atentar contra la hasta ahora intocable posición de poder de los hombres gitanos. Ése es el error que más puede contribuir a ralentizar, que no detener, el proceso de autodefinición que las mujeres gitanas queremos continuar.

Interpretar los cambios como una afrenta grupal o como una falta de respeto hacia el prestigio *natural* de los sujetos varones gitanos significa una clase de chantaje emocional que todavía consigue paralizar muchas energías femeninas. Hasta ahora, y aun todavía, la posición privilegiada que ocupan los varones les confiere además el poder desproporcionado de definir los valores que deben predominar, la distribución de recursos y el propio ejercicio del poder.

En parte por esto, pero también por una decisión voluntaria, las mujeres gitanas han liderado la lucha silenciosa, nada estridente, respetuosa y considerada por la mejora de calidad de vida, adecuándola a un ritmo compatible con la relación intragrupal y siendo objeto de una interesada, y a veces consentida, exportación a los medios de comunicación públicos, sobre todo en el ámbito del asociacionismo gitano.

Últimamente, sin embargo, desde algunas voces masculinas de carácter marcadamente fundamentalista (y sorprendentemente algunas femeninas también) se insta a una vuelta al conservadurismo de actitudes seculares de subordinación y secundariedad, abogando por el ostracismo de aquellas mujeres “problemáticas” que defienden “eso de la igualdad”.

Este posicionamiento está sirviendo también para reforzar el carácter que comentábamos antes sobre la influencia de los nuevos movimientos religiosos, de manera que no son pocos los varones jóvenes gitanos *no pentecostales* que están convencidos, y así lo expresan públicamente, de que las únicas *mujeres gitanas* que aún siguen siendo adecuadas para matrimoniar son aquellas que están inmersas en una relación importante con una de estas comunidades religiosas. No se trata de la búsqueda de una afinidad espiritual, que sería loable, sino de la conveniencia y facilidad para encontrar un tipo de esposa “no conflictiva” que asuma la posición de superioridad del varón sin entrar en cuestionamientos incómodos.

Este es un flaco favor tanto para la confesión pentecostal como para las propias mujeres, y coloca al sector de varones gitanos que lo promueven en una posición de escaso valor humano.

A mi juicio, el trabajo para la mejora de la identidad gitana y de las condiciones de vida de un buen número de sus miembros debe

pasar inexcusablemente por la participación tanto de hombres como de mujeres en un convencimiento sincero, arriesgado y valiente de la necesidad de reconstruir los principios básicos que articulan la relación entre los géneros, en lugar de buscar refugio seguro detrás de falsas y estereotipadas actitudes de esencialismo cultural.

El carácter androcéntrico, endogámico y etnocéntrico sigue muy presente en el discurso cultural gitano. Sus consecuencias atraviesan los modos de vida y las expectativas de todavía demasiadas niñas gitanas que tiene sobre ellas un concepto determinista de su desarrollo vital. Aún son muchas las que verán truncadas sus posibilidades como personas potencialmente influyentes en sus respectivos entornos, siendo su condición de *mujeres* vista como un único y posible proyecto identitario.

La discriminación se construye desde bastiones muy diversos y la religión puede encadenar en el cumplimiento a las mujeres (y también, aunque en otros aspectos, a los varones), en torno a costumbres incompatibles con los nuevos procesos iniciados. Tal vez la mejor arma para luchar contra ella sea escucharnos unos a otras y entender a través de qué procesos, convenciones y mecanismos logramos hallar un nuevo equilibrio en las relaciones hombre-mujer, donde se interpreten positivamente los cambios originados desde todos los ámbitos y se rechacen las actitudes y pautas que no ayudan a crecer ni como personas ni como grupo.

Y todo ello a pesar de que está siendo influido de manera excepcional por los cambios económicos y sociales que se están produciendo en muchos ámbitos, determinando una transformación de las relaciones varones-mujeres que está obligando a una reinterpretación del hecho étnico.

En efecto, se constata por diversos agentes sociales cómo el reconocimiento de la identidad gitana está comenzando a fragmentarse en la misma proporción que se fragmenta el grupo étnico, no ya en clases sociales cuya consolidación no se puede negar a estas alturas, sino en subgrupos que recaudan, o intentan recaudar, la verdadera esencia de la gitanidad femenina, enfrentándose a otros con apreciaciones diferentes sobre lo que debe interpretarse como “ser gitana”. Esta fragmentación atraviesa el grupo étnico en tal magnitud que estamos asistiendo a una verdadera reinterpretación de la identidad en clave femenina, provocando que los límites que configuran la etnicidad se hayan multiplicado al interior del propio grupo étnico gitano. Entre otras consecuencias, la más clara y directa se materializa en la formación de grupos heterogéneos, bajo una denominación homogénea, aglutinados en torno a su criterio sobre las pautas de conducta de las mujeres gitanas, cuyos valores y prioridades se organizan de forma excluyente para el resto.

En este sentido, cuando hablaba de la dimensión dinámica sobre la identidad como mujeres gitanas, me refería no sólo al hecho asumido de que un grupo culturalmente diferenciado nunca debe ser observado como una foto fija, sino también al hecho de que esta fragmentación identitaria parece poner en crisis la supremacía de determinados elementos largamente considerados como claves esenciales para la supervivencia grupal depositados de manera tradicional sobre los hombros de las mujeres.

La vivencia como mujeres gitanas ha comenzado a oscilar entre parámetros que intentan encontrar un lugar común donde aceptar las prestaciones que la sociedad ofrece, de una parte, y aquellos que constriñen todavía la esencia de las “mujeres gitanas”, en

tanto que construcción cultural, bajo actitudes de dominación, y por lo tanto, de negación de la capacidad de elección individual para interiorizar esa identidad.

Lo particular de estos procesos recién inaugurados es que una gran parte de mujeres están consiguiendo invertir los excesos fundamentalistas en lucha política activa, forzando a la ascensión desde el interior de nuevas pautas y redescubriendo territorios antes exclusivos de los varones.

La tendencia, por tanto, parece imparable hacia la reelaboración de los parámetros relacionales entre hombres y mujeres gitanos, aunque el cambio de la mentalidad androcéntrica sea más lento y los mecanismos para hacer perdurar la discriminación y el control sobre las mujeres aún poderosos.

Aún no sabemos qué depararán estos procesos coexistentes en un mismo momento histórico, sin precedentes que nos sirvan de referencia, y con un alto grado de retroalimentación social. Asistimos a su evolución con ojos expectantes cuando no protagonistas y esperamos que cualquiera que sea su itinerario, la participación en él sea constructiva, libre y enriquecedora. No tendría sentido, creo yo, encadenarse por propia voluntad a un modelo cultural estático, ahistórico y carente de la capacidad de adaptación que durante generaciones ha mantenido a flote la identidad gitana.

La diversidad, entendida como riqueza, puede ser uno de los ejes en torno a los cuales podamos encontrar, gitanas y gitanos, un espacio donde reconocernos y reafirmar una identidad que, si algo ha tenido a lo largo de los siglos, ha sido su capacidad de adaptación y su espíritu de supervivencia.

Las mujeres gitanas, en tanto que conscientes de nuestra propia fuerza, debemos ser capaces de reflejar las potencialidades que tenemos y que son absolutamente imprescindibles

dibles para la construcción de la identidad gitana en clave de éxito y futuro.

Si nosotras conseguimos que ese germen apenas nacido se desarrolle en un marco de libertad de elección, estaremos asistiendo en directo a una nueva reinención de la *gitaneidad*, como estrategia de supervivencia cultural.

Por último, me gustaría terminar con una cita de Teresa San Román que recoge el anhelo presente en estos párrafos:

“Serán las gitanas y los gitanos los que decidan qué despegue histórico quieren hacer. Y pienso que en España, más que en ningún otro país de Europa, se dan circunstancias que, en su conjunción, permiten pensar en una oportu-

nidad única en la historia. La circunstancia de un número imparablemente creciente de gitanos y gitanas incorporados a la sociedad mayoritaria, preparados para afrontar las tareas y responsabilidades necesarias, junto a la circunstancia de una estructura estatal que reconoce la pluralidad de naciones, de tradiciones y diferencias culturales y permite su implementación política en el seno del Estado. Una tarea que, si llegaran a decidir emprenderla, sería sin duda a través de un camino largo y espinoso.”



Trinidad Muñoz Vacas
Maestra. Antropóloga